

Las paredes del W.C.

“Si viene al baño, no se olvide el papel, no importa que sea de diario, el culo no sabe leer”. Siempre me había preguntado qué empuja a una persona con el trasero al aire a escribir en las paredes y puertas de los baños públicos ese tipo de mensajes. Y aquel día, sentado en la taza del baño, algo me hizo reemplazar la habitual sección de ofertas de trabajo del *Segunda Mano* por la lectura de las baldosas. ¿Por qué personas normales, protegidas por el anonimato, se transformaban en improvisados literatos de urinario? Parecían simples mensajes, aunque estaban cargados de contenido. Tal vez escupían sus textos en ese grumoso lienzo haciendo gala de un ejercicio de libertad ante la nula posibilidad de ser descubiertos. Quizá, motivados por la castración de la expresión en su vida privada gritaban así a los cuatro vientos sus fobias y sus filias más íntimas en el lugar más introspectivo, allí donde no hay frases fuera de contexto. ¿Por qué dejan ante ese auditorio los rastros efímeros de una larga e intensa historia personal en apenas unos minutos? Aquel día decidí interpretar todos y cada uno de los pasajes. Me llevó su tiempo. Las paredes, (blancas hace un mes, ahora multicolor) estaban abigarradas.

Entre los discursos más obscenos y burdos, los bosquejos de falos dibujados a boli, las escenas de zoofilia impresas con rotulador, y los insultos al bando político contrario, se adivinaban sensibles declaraciones de amor en el interior de un corazón rojo: “Silvia, heres el amor de mi vida, te amo”. ¿Qué dolor del alma puede hacer a una persona declararse en esas escatológicas circunstancias? Pero había lugar para todos. Verdaderos poetas sin editor aprovechaban esa codiciada página vertical para moldear líneas con sus versos libres o mediante elegantes plagios. “Creo en ti. Existes. Eres. Me basta”. De esta forma, sus estrofas llegarían a un público masivo que, de otra forma, no saldrían del minoritario y restringido círculo de exquisitos que consume libros de poesía. Los números de teléfono trazados por el rencor también son un clásico de esa caótica partitura: “Soy Marina, la más guarra. Llámame. Me lo como todo. 6788765680”. Desconozco si hay sujetos en sus cabales que pierdan el tiempo marcando un número tallado por el despecho más precario. Movido por un impulso irracional, quizá en pleno momento creativo, decidí escribir algo. Saqué el boli *bic* cristal que solía llevar en la camisa y contribuí a llenar aquel el panfleto colectivo. Pero justo cuando había calmado mis nervios y estaba preparado para tirar de la cadena para

acudir a mi enésima entrevista del mes en el INEM, leí unas palabras que cambiaron mi forma de ver la vida para siempre: “Se necesita erudito para trabajar en desguace. Urgente. Llamar al 6986754127”.

Cuando respondí al anuncio pensé que algún mecánico desesperado y ebrio que había tenido un mal día estaba buscando una especie de contable solvente para llevar de forma honrada los números en su cementerio de coches, y desesperado, había plasmado allí su oferta con el fin de ahorrarse un anuncio por palabras en el periódico. Seguramente sería uno de esos lugares en los que miles de cadáveres de utilitarios esperan a ser desmontados en trozos más pequeños para venderlos por partes a gente que necesita un foco, una biela, un pistón, una bujía o un parachoques. Pensar en ese trabajo me hacía sentir como el Doctor Frankenstein. Era como crear un todo con las partes, un vestido hecho de retazos.

Una voz cargada de recursos lingüísticos propios de un ilustrado me citó para la entrevista en una librería de las afueras, casi en medio de la nada. Acudí al extraño encuentro con el traje y la corbata que siempre llevaba a las bodas; no tenía otro. La fachada de la librería estaba desconchada, y al igual que el resto del edificio, tenía un aspecto destartado y lúgubre. En el letrero, repleto de boquetes, se adivinaba a leer: “Desguace de frases”. Varios graffitis tatuaban esa construcción gris a modo de cicatrices. Símbolos de bandas y firmas de spray brillaban en vivos colores. Por un momento, los mensajes del ladrillo me recordaron a los textos del urinario. Una muestra de expresión menos rudimentaria, pero igualmente íntima y exhibicionista, necesaria y salvaje. Varias llamas rojas y amarillas daban luz a unos monigotes absurdos con visera que desplegaban gestos raperos y contrahechos. Llamé con los nudillos a la desvencijada puerta de madera (con mugrientas frases cinceladas hasta en las bisagras) y me abrió un anciano de nariz grande y ojos enrojecidos. Parecía que hubiese estado bebiendo, o quizá leyendo durante horas. Tenía un brazo escayolado, pero su yeso parecía el de un adolescente. Estaba garabateado con firmas ilegibles y palabras ñoñas que le deseaban una pronta recuperación. Refranes y dichos, frases hechas y palabras inconexas. Otra vez igual que en el retrete, estaba como al principio.

—¿Es usted un erudito? —dijo el viejo de la escayola.

—Eso es mucho decir, pero al menos soy Licenciado en Biblioteconomía y Documentación. Cinco años en la Facultad. El plan antiguo, ¿sabe? No sé si eso bastará.

—Adelante, por favor.

En el interior de la estancia no había lámparas. La luz llegaba desde unas bombillas de baja potencia que colgaban de un cable negro y pelado. Desprendían una luz amarillenta y pobre que creaba una penumbra plagada de sombras chinescas. En las paredes había labradas letras y frases inconclusas. Rimeros enormes de libros se apilaban en mesas y gavetas. Para un hombre alérgico a los ácaros como yo, aquel no era el mejor lugar. El polvo campaba a sus anchas, flotaba cerca del techo para dejarse caer en picado sobre las estanterías y los armarios. Pasé un dedo por la tapa de un libro y logré quitar casi un centímetro de porquería. “Adjetivos”, pude leer de refilón.

—Si es tan amable, absténgase de manosear nuestros adjetivos.

—¿Adjetivos? ¿Se los va a vender a un político, quizás?

—Este tomo es una reliquia.

Y tanto que lo era. Pasé un par de páginas y me dio tiempo a leer varias entelequias como zoquete, mequetrefe o pillastre. ¿Quién querría comprar esos adjetivos tan rancios y pasados de moda? Entonces comencé a entender el letrero de la puerta: “Desguace de frases”. Estábamos rodeados de viejos deshechos. Ahora comenzaba a comprenderlo todo. En la estantería del fondo había tomos que contenían “Verbos”, a la derecha estaban colocadas las “Onomatopeyas”, a la izquierda pude leer “Sustantivos”, y en las baldas superiores había “Adverbios”, “Frasas subordinadas”, “Complementos directos”, “Diptongos”, “Palabras compuestas”, “Determinantes” y todo tipo de partículas y componentes que una vez formaron parte del cuerpo de una frase. A la vista estaba que no se trataba de la oficina de contabilidad de un desguace de automóviles. Allí acumulaban trozos de frases, restos desordenados de oraciones muertas que acumulaban toneladas de polvo. Pude ver una poesía de Machado a la que le faltaban los artículos, un fragmento del Quijote que no tenía predicados y un compendio de Cela que no contenía un solo taco. Aquello era otro tipo de cementerio, un camposanto lleno de cadáveres de frases. Si el Doctor Frankenstein existiera, podría fabricar un libro aprehendiendo de aquí y de allá. Podría apresar una palabra de cada frase desechada, de cada folio garabateado en la papelera y coserlas hasta crear un cuento de retazos.

—Tome asiento junto a los demás, enseguida estaré con ustedes.

El viejo clavaba sus dedos huesudos en mi brazo. Me indicaba con la otra mano una silla en medio de varios asientos ocupados. Allí había otros hombres que también vestían de traje. Eran como media docena de tipos con cara de empollón. Parecían ajenos, sentados sin pronunciar una palabra, en silencio, como si se tratase de un juicio, como si no quieran decir algo inapropiado.

—A qué espera, siéntese, ha llegado usted tarde. Bien, ya están todos. Han acudido ustedes aquí en respuesta a un anuncio que han visto en el baño de un establecimiento público, ¿no es así? —el único ruido que rompía el silencio era el temblor de la electricidad, que hacía titilar la luz de las bombillas.

—Se supone que todos ustedes son eruditos, y como habrán comprobado, esto es un desguace de frases. Ustedes tienen material que a nosotros nos hace buena falta. Aquí necesitamos componentes de todo tipo, desde pronombres, a sustantivos, adjetivos, e incluso signos de puntuación. Bien, el primero de la lista es Hidalgo Sánchez, Licenciado en Filología Hispánica. Pase a mi despacho, por favor.

Se puso en pie un hombre delgado y barbudo. Nos dedicó una mirada afligida y sin venir a cuento adoptó un tono solemne para recitar un verso de “La Palabra”, una poesía de Heidegger: “Así aprendí triste la renuncia. Ninguna cosa sea donde falta la palabra”. Tras la misteriosa cita, enmudeció. Aquel hombre parecía el mismo Don Quijote. El viejo se llevó al caballero de la triste figura hasta el fondo, abrió una puerta destartada y desaparecieron en el interior del habitáculo. Junto a mí permanecían sentados otros cinco hombres. Tras una primera toma de contacto nos decidimos a romper el hielo y descubrimos que todos estábamos en una situación similar. Vivíamos del paro, nuestra situación económica era desastrosa, éramos gente instruida y desesperada, y habíamos respondido al anuncio desde el interior de un baño público un día de exasperación en el que buscábamos una solución a nuestros problemas. El vocabulario de todos ellos era rico y fluido, cargado de formas retóricas pintorescas y elaboradas. Juraría que algunos estaban acostumbrados a hablar en público, o al menos habían dedicado buena parte de su vida a la enseñanza o departir desde una tribuna. Al cabo de media hora de elaborada charla el hombre flaco salió del despacho con un fajo de billetes en una mano y el gesto animado y recompuesto. Habría hecho buen negocio. Antes de irse quiso despedirse de nosotros, pero cuando abrió la boca, se lo pensó un momento. Su gesto cambió a un semblante más grave y tan sólo le salió una frase pobre y mal construida antes de marcharse con una mueca de preocupación.

—Colegas, ciao, me las piro —tenso silencio—, que, que, que... ¡os jodan! ¿Vale? ¿Miráis, troncos, miráis? ¡Eso pues, ya!

El viejo llamó al siguiente desde el despacho. Alejandro de Andrés, Doctor en Filosofía. Un hombre de letras sabio venido a menos desde que perdió su plaza de

funcionario por culpa del alcohol. La escena fue calcada a la anterior. El doctor Alejandro salió a la media hora con un fajo de billetes y se despidió sin encontrar las palabras adecuadas. Lo mismo de ocurrió a los cuatro siguientes, un Licenciado en Psicología, un Doctor en Historia Clásica, un Diplomado en Magisterio y un Catedrático en Literatura. Cada uno de ellos salía de aquel extraño cuarto vacío, sin expresión de ningún tipo que llevarse a la boca, tan solo frases sueltas e inconexas propias de pandilleros. Uno de ellos incluso salió mudo. No fue capaz de articular un solo sonido, ni una letra. Su fajo de billetes era más abultado que el de los demás.

Cuando me tocó el turno casi salgo corriendo por la puerta. ¿Y si me practicaban una lobotomía? ¿Y si me robaban el alma? ¿Y si me seccionaban la materia gris para meterla en un frasco? Pero cuando el viejo pronunció mi nombre, la curiosidad se apoderó de mí. Me levanté y fui hasta el despacho. En el interior había una mesa con una silla en la que se sentó el tétrico anciano de la escayola. Tras él, colgaba en la pared una pizarra verde de escuela con palabras en tiza que apenas me dio tiempo a leer. El viejo las borró e invitó a sentarme en un taburete frente a él. Antes de hablar con el siniestro personaje quería que me despejara algunas dudas.

—¿Qué les ha pasado a mis compañeros? Es como si se hubiesen olvidado de hablar.

—No se han olvidado de hablar, ahora se expresan de otra forma —dijo bajando la vista.

—¿Y por qué les ha ocurrido eso?

—Porque hicieron un trato.

—¿Qué tipo de trato es ése que te deja casi mudo, medio analfabeto?

—El trato de la desesperación. Usted necesita dinero, como ellos, ¿me equivoco? —me preguntó ahora con la mirada clavada en mis ojos.

—Depende, ¿a cambio de qué?

—A cambio de sus palabras de eurito, de sus frases, de sus expresiones. De su vocabulario en definitiva. Esto es un desguace de frases, ya lo ha visto por usted mismo —explicó mientras señalaba la estancia con un brusco movimiento de barbilla.

—¿Y qué hacen con todo el material que compran?

—Lo vendemos a quien lo necesita y puede pagarlo. En libros. A granel. Ayer vendimos dos kilos de adjetivos a un político, un kilo de sustantivos a un obispo y quince kilos de sinónimos a un periodista.

—¿Y cuál es el precio?

—Cien dólares por palabra — dejó escapar un prolongado silencio—pero usted no podrá volver a usarla, desaparecerá de su memoria.

—No me lo creo —respondí con una sonrisa.

—Hagamos la prueba. Dígame una palabra que quiera venderme —me retó mientras cogía una tiza.

—Está bien: Coleóptero.

El viejo se levantó y escribió en su pizarra con una letra horrenda: “COLEÓPTERO”. A continuación se sentó y me miró a los ojos fijamente.

—¿A qué familia de insectos pertenecen los escarabajos, mi querido documentalista? —me interrogó con tono paternalista y aleccionador.

No pude evitar que mi carcajada retumbase en todo el edificio.

—Por supuesto, ¿los escarabajos? Sepa usted que estuve en Egipto durante unas vacaciones, antes de mi divorcio... Los escarabajos son de una familia que..., de una buena familia..., esto..., de la familia de los insectos con coraza —respondí desconcertado y un brillo de satisfacción se desprendió de la mirada del viejo. Puso cien dólares sobre la mesa y continuó su interrogatorio.

—¿Quiere más dinero?

—No quiero dinero, quiero mi palabra. ¡Devuélvame! —le exigí rojo de cólera.

—El contrato no lo permite. Tendrá que estar el resto de su vida sin ella. ¿Sabe por qué le elegí a usted? —replicó con una tranquilidad apabullante.

—¿Qué usted me eligió a mí? Fui yo el que le llamé usted, no fastidie, oiga.

—Dígame, ¿qué escribió usted en el baño?

—Pintada, no vacía, pintada está mi casa del color de las grandes pasiones y desgracias. ¿Le suena?

—Por supuesto. Es un fragmento de una poesía de Miguel Hernández. “Canción última”. Sus seis compañeros también escribieron cosas similares. Muy intelectuales. Eso es lo que les diferencia de los demás. Usted no plasma vulgaridades en las paredes de un baño público, porque ustedes tienen mucho más que dar, tienen más cosas dentro que cuatro expresiones soeces. Los mediocres nunca llaman a nuestro anuncio, sólo lo hacen los elegidos. Por eso ponemos los anuncios en esos lugares. Nunca nos ha fallado.

—¿Y que va a ser ahora de ellos? —dije con un cierto tono de preocupación.

—Serán como los demás. Vulgares. Ahora escribirán palabras vacías en los baños, frases básicas. Pero podrán ir tirando durante una temporada. No ponga esa cara de triste, no se preocupe. Sobrevivirán, Incluso serán más felices que antes, se lo aseguro.

—¡Usted es un ladrón! —grité con todas mis fuerzas.

—No se confunda, amigo. Yo hago negocios, transacciones. Ellos tenían la misma información que usted. Y eligieron. Uno de ellos ha salido de aquí con 24.000 dólares. ¿Qué elige usted?

Comencé a temblar. El despacho estaba lleno de palabras y letras sueltas, inconexas. Una “r” por allí, una “e” más allá, y una “planta” cerca de una “vida”. Durante un minuto interminable estuve pensando si tirar mi futuro por la borda por aquel puñado de dinero, una solución a corto plazo. Desde el divorcio no levantaba cabeza, nadie me contrataba y de nada servía mi título universitario. ¿Para qué había estado estudiando tanto tiempo? ¿Para qué quería aquellas palabras? ¿Acaso me habían abierto alguna puerta? Mi vecino camionero era mucho más feliz que yo. Tenía una abultada nómina, mujer e hijos preciosos, y aunque su vocabulario no estaba adornado de florituras era la persona más sonriente que conocía. No era sólo por el dinero. Quizá fuese mi manera de llegar a la felicidad. O no.

—Lo siento. No hay trato. Pero los cien dólares me los llevo. Y haga el favor de borrar mi palabra de su pizarra. Me gustan los escarabajos, siempre me han gustado.

Me levanté y salí de aquel apestoso lugar. Al mes encontré un trabajo en una academia en la que daba clases a opositores. No ganaba mucho, pero iba pagando deudas y salía adelante. Cada día desayunaba con el resto de profesores en un bar cerca de allí. Una mañana vi cerca de mí a un hombre en camiseta de tirantes y un mono azul por la cintura. Estaba lleno de tatuajes. Entre los dibujos con motivos religiosos había un dragón y frases tópicas del estilo: “Amor de madre”. Cuando se levantó, reconocí aquella cara. Era el hombre huesudo con cara de Quijote que entró en el despacho del viejo hacía un mes. Se acercó a mí con un palillo entre los dientes y masculló algo que no logré entender. Aún así le respondí.

—¿Qué tal le va? ¿Consiguió trabajo?

—Sí, colega, un curro de puta madre. Aquí al lao, en un desguace.

—¿En un desguace?

—Sí, un sitio de esos donde se, donde se, ¿cómo se dice?

—¿Dónde se desguazan automóviles?

—Exacto. Yo desmonto los bugas y tal.

—¿Eres feliz?

—Bueno tío, que llego tarde. Ciao.

Me preguntaba qué sería de los otros. Jamás volví a verlos. Desde aquel día no había vuelto a entrar a un baño público, pero decidí ver qué había tras aquella puerta en busca de respuestas. Junto a la taza, un escarabajo desaparecía por un agujero. Un coleóptero, pensé. Comencé a leer las paredes detenidamente. Entre las habituales frases soeces destacaba una poesía escrita en fosforito sobre el techo. “Así aprendí triste la renuncia. Ninguna cosa sea donde falta la palabra”.